

Editorial

El oficio de editor, el maestro invisible

Juan Carlos Bustos Gómez*

Detrás de cada revista universitaria hay una paradoja fundacional: quienes editan —ya sean estudiantes, profesores o egresados— ejercen un rol pedagógico que pocas veces se pone de relieve. No aparecen en los planes de estudio, sus horas de revisión minuciosa no son visibles en el producto final y, sin embargo, su trabajo conecta la formación individual con la construcción colectiva del conocimiento. Esta situación hace evidente un problema más profundo: el sistema académico universitario suele estar centrado exclusivamente en lo curricular, relegando a un segundo plano aquellas actividades extracurriculares —como el proceso de edición académica— a las que, aunque también resultan fundamentales, no se les atribuye el mismo valor en los procesos formativos.

En estas líneas, invitamos a todos los miembros de la comunidad académica a reflexionar sobre las complejidades y los matices de este oficio, desde su dimensión cultural hasta sus desafíos éticos, con el convencimiento de que cada decisión editorial es un acto de cuidado hacia el conocimiento y sus comunidades. En esencia, editar supone ejercer un cuidado diligente: hacia las palabras, las personas y el conocimiento que, al compartirse, nos transforma.

En el ámbito universitario, la figura del editor contribuye a tender puentes entre saberes, trascendiendo lo estrictamente administrativo. Las revistas como *Pre-Impresos Estudiantes* nos recuerdan que editar conlleva la formación de escritores y lectores críticos. De manera que el editor se vuelve un artesano de la palabra, que pone de presente que comunicar también significa pensar. Cada sugerencia, cada ajuste, es un gesto de mediación que no solo moldea textos, sino que modula las formas de asumir el mundo académico.

Pensemos en el estudiante que entrega su primer artículo, con la convicción de que su contenido “habla por sí solo” y es renuente a ver la escritura como un proceso. En esas circunstancias, el editor no es un corrector de estilo, sino un guía que le revela una verdad incómoda: dominar un tema no es suficiente; hay que aprender a dialogar con quienes no estuvieron en el laboratorio, en el aula o en el campo de investigación. De modo que la edición se convierte en un acto de traducción entre experiencias. Esto hace posible que un trabajo de cualquier disciplina trascienda el círculo íntimo del autor y se integre al patrimonio intelectual de la comunidad.

No obstante, la actividad editorial académica está marcada por contradicciones

Editor en jefe, *Pre-Impresos Estudiantes*

fecundas. Aún persiste la creencia de que un buen investigador o docente no necesita dominar la escritura, especialmente entre los estudiantes de ciencias exactas; asimismo, ante las demandas administrativas que atribulan a las instituciones educativas, se suele ignorar la relevancia local y el aporte social de las publicaciones académicas estudiantiles. Además, sigue teniendo arraigo la idea de priorizar lo disciplinar y relegar las habilidades lingüísticas, como si la claridad conceptual y la expresión fueran cuestiones accesorias. La especialización se suele imponer sobre la comunicación, perdiendo de vista que las revistas son espacios de encuentro —donde los especialistas de diferentes disciplinas pueden construir lenguajes comunes—.

Las dinámicas propias de la especialización, el celo disciplinar, así como otras prácticas institucionales tienden a producir un enclaustramiento que dificulta la construcción de proyectos colectivos a nivel de facultad y desdibujan el valor de las revistas no indexadas. En este marco, cada número publicado desafía inercias y pone de manifiesto que la edición académica también es un acto político, ya sea al integrar egresados como lectores externos, o al vincularse con posgrados para tejer redes más allá de las aulas.

En este contexto de *fragilidad institucional*, sostener estos proyectos es complejo, pero no imposible; estamos asistiendo a un proceso de aprendizaje institucional. Antes dominaba una *metáfora mecanicista* (proyectos aislados, rígidos), pero hoy emerge una visión más *orgánica*. La universidad empieza a comprender lo que implica hacer una revista académica —las condiciones que demanda, los trabajos que la sostienen y las dinámicas colaborativas que la hacen posible—. Sin embargo, persisten desafíos: flexibilizar procesos, consolidar canales de comunicación y fortalecer articulaciones entre departamentos. En síntesis, editar una revista es un oficio —liderado por editores— que requiere el aporte de múltiples actores, lo que

las convierte en entidades vivas, en permanente diálogo con la comunidad.

El caso de *Pre-Impresos Estudiantes* —que perdura desde hace casi dos décadas— es emblemático, trasciende su condición de “proyecto” y se convierte en *memoria viva* de la facultad. Sus páginas registran la evolución de las ideas, las pedagogías e incluso las identidades profesionales de varias cohortes de estudiantes y egresados de nuestra facultad. Esto demuestra que, con voluntad y, sobre todo, trabajo colectivo, las revistas pueden dejar de ser marginales para transformarse en pilares de la vida académica.

La revista como aula expandida

En un mundo saturado de información, en el que la socialización del conocimiento parece subordinarse a criterios de parametrización, las revistas académicas estudiantiles emergen como espacios de resistencia. No son simples repositorios de textos ni meros apéndices decorativos de la vida académica, sino extensiones naturales del proceso formativo, que nos recuerdan que una universidad que no discute ni escribe ni publica renuncia a su vocación pública. En una universidad como la nuestra, formadora de formadores, las revistas estudiantiles nos previenen contra el aislamiento epistémico, se constituyen en talleres vivos en los que se forjan las voces del futuro y, en esta medida, la labor del editor académico adquiere una dimensión ética ineludible: pues editar no es solo publicar, es, ante todo, enseñar a pensar con rigor, a comunicar con claridad y, en particular, a reconocer que el saber solo existe cuando se comparte.

Para los autores, publicar es enfrentarse al espejo de la escritura: descubrir que las ideas, por brillantes que sean, exigen estructura, claridad y empatía con el lector. Para los editores, evaluar un texto es un ejercicio de pensamiento

crítico aplicado, para distinguir lo riguroso de lo superficial, la opinión del argumento. A nivel institucional, cada número publicado es una prueba tangible de que la universidad cumple su misión, no solo de producir conocimiento, sino de hacerlo circular, interrogarlo y ponerlo al servicio de la sociedad.

Editar, educar, comunicar

En tiempos de sobreproducción académica, la curaduría se vuelve un imperativo ético. En este sentido, editar es un acto de fe en el diálogo. Es creer que un texto revisado por pares, discutido en talleres y mejorado colectivamente vale más que mil discursos improvisados. Es apostar por una academia donde el saber no se atesora, se comparte. Tal como lo enunció Sartre (2005), la operación de escribir supone la de leer como su correlativo dialéctico, ya que solo hay arte por y para los demás.

Invitamos a toda la comunidad académica —estudiantes, profesores y directivos— a no subestimar el poder transformador de estas páginas, porque en cada artículo publicado hay un futuro maestro que aprendió a darle forma

a sus ideas. Y en cada revista que se publica, hay una universidad que sigue creyendo en las palabras. En el contexto de la época, las revistas académicas estudiantiles nos recuerdan que, al final, la universidad no existe para producir títulos, sino para cultivar ciudadanos capaces de pensar con autonomía y comunicar con responsabilidad.

Una provocación final para todos los miembros de la comunidad académica: ¿qué pasaría si desde cada programa académico de la facultad se dedicara una hora semanal a leer colaborativamente un texto publicado por estudiantes o egresados? Los archivos de esta revista están disponibles como terreno fértil para nuevas ideas, los invitamos a descargar, compartir y discutir, porque el conocimiento solo se legitima cuando se incorpora al saber colectivo.

Referencias

- Sartre, J. P. (2005). ¿Por qué escribir? *Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación*, (91), 3. <https://doi.org/10.16921/chasqui.v0i91.1554>